



DIRECTORA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

NÚM. 36

Salamanca 15 de Diciembre de 1908

AÑO III

DE MI VIDA

IMPRESIONES

XIV



Me ha escrito el nieto!

No cambiaría yo ese garrapato por un dibujo de Velázquez ó de Rafael. María Teresa pone sólo como nota: "por lo menos es auténtico".

Esta observación tan sencilla da idea de lo que son las cartas de mi hija. Son como el aire puro de mi tierra, fragante de romero y de tomillo. Sigue pulsando con esa delicadeza que ha recibido como dón exquisito del cielo, todas las cuerdas de mi corazón.

"Hoy ha hecho Nando su primera guardia como jefe de parada y he estado con el chico á ver el relevo", escribía hace

poco y yo veía desde aquí el cuadro como un sueño. Ella, justamente ella, como madre del hijo de mi hijo, en la plaza de armas, y él á caballo entrando al són de la *Marcha real*, para quedarse con los soldados españoles en la casa donde yo nací y donde oí su primer vajido velando por la seguridad del Rey.

Otra vez me cuenta María Teresa: "he pensado mucho en tí al ver el día de la aparición de la Virgen de la Almudena bajar la gente por la cuesta de la Vega y pararse ante el muro cantando la salve. Al chico le gustó también mucho, llevaba el compás con su dedito y pedía "más, más,".

Yo estoy segura que si empiezo á copiar á mis lectores trocitos de las cartas de María Teresa, me pedirán también "más, más,".

Me cuenta, entre otras cosas, que estuvo á dar la comida á los pobres en el "Ave María,".

¿Qué es eso?, preguntará, tal vez, alguno de mis lectores.

Un resto del Madrid viejo. Cree uno que va Quevedo á asomar la cabeza por la puerta ó que D. Ramón de la Cruz tomará apuntes de color local. Todo está como entonces; los pobres apiñándose con sus pucheros á la puerta de un cuartucho algo obscuro, pero espacioso y colocándose después detrás de unas mesas de madera, y las señoras no con sombreros de París, sino de mantilla, trayendo de la cocina el clásico cocido en platos de Talavera que colocan ante los pobres diciendo: "Ave María," á lo cual ellos contestan siguiendo la oración: *Gratia plena*. María Teresa va allí todos los años el día que ella regala la comida. Estuvimos juntas una vez con la Reina Cristina. Primero hubo una función de iglesia en una capilla contigua al refectorio, en la cual, sobre el altar, estaba una de esas Vírgenes con su vistoso manto de seda entre una profusión de luces y flores de trapo. Hasta la oración que rezaron era muy antigua; pero la buena voluntad y sencillez de todo valía más que las obras premiadas en los concursos de arte y literatura. Después, en el refectorio, se atascó un momento el servicio porque antes de ponerlo sobre la mesa, me quedé contemplando la jarrita de Talavera que tenía en la mano, de una forma tan artística con su letrero: "Ave María,". En ese momento oí á mi lado: "¡Señora!, Me volví y ví un hombre, de capa naturalmente; "soy Zahonero," me dijo simplemente, y yo, poniendo la jarra sobre la mesa, le dí un apretón de manos, y llamando á mi hija no dije más

que: "María Teresa, Zahonero,,. No hubiésemos encontrado un sitio más á propósito para darle la mano después de haber pasado tan buenos ratos con sus escritos.

María Teresa sabe lo que me gusta. Ya me ha anunciado que *La Fuerza Bruta*, de Benavente, es algo para mí y está impaciente de que lo vea. ¡Dios mío, con qué gusto iría yo á verlo!

Para acortarme la distancia me cuenta que mi nieto pone las sillas unas delante de otras y dice que es el tren para ir á ver á "ó mama,,; no os asustéis, he sido yo misma la que le he enseñado esa palabra porque no tenía paciencia para esperar á que pudiera decir "abuela,,; ya lo dirá; él escoge, por el pronto, las palabras más fáciles de una ú otra lengua y hablará las dos al mismo tiempo como lo hicieron mis hijos.

A lo mejor se cortan las cartas de María Teresa porque lo mismo que cuando trabaja para los pobres "le quita la aguja ó le agarra el ovillo,, cuando está escribiendo le grita: "Mama, ven,, y ella me dice que "no le resiste,,.

En este último artículo he dejado ver muy adentro en mi corazón y es que al venir la Nochebuena, cuando Dios se humanizó para salvar á los hombres, se ablandan todos los corazones.

¡Quisiera que todo el mundo tuviese felices Pascuas!

PAZ DE BORBÓN.





CAZA DE ALONDRAS

ROMANCE

EN LAS FIESTAS DE LA BEATIFICACIÓN DE LA VENERABLE MARÍA MAGDALENA SOFÍA BARAT
FUNDADORA DEL INSTITUTO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Por las márgenes del Yonne,
Que serpentea cantando
A vista de aquellas vegas
Y florecidos ribazos,
Van un cazador de alondras
Con su escopeta, bizarro,
Y una niña triscadora
Y alegre, de pocos años.
A la sombra de los árboles,
Que en el tranquilo remanso
Se miran llenos de pompa
Y moviendo sus penachos,
Los temidos cazadores
Se ocultan con sobresalto,
A las alondras sedientas,
Emboscados, aguardando.
Suena el rumor de sus plumas
Cruzando los aires mansos,
Como un gemido suave
Que llega al alma, llorando,
Y suena, como una trova
Su dulce y sencillo canto.
Como arrullo de la cuna,
Que lleva al niño el descanso.
Y el cazador insensible
Pone la escopeta en alto
Y la niña gime y clama,
Mientras él apunta impávido:
—Dulces cantoras del aire,
Que á Dios estáis alabando,

Burlad el tiro. ¡Dios mío,
Que todas vuelen en salvo!—
Suena la explosión violenta
Y brilla rojo el relámpago,
El humo se desvanece
Y ni una alondra fué abajo.
Da gracias á Dios la niña
Y el cazador dáse al diablo,
Y el arma carga y la ceba
Con más primor y cuidado.
Y escogen para emboscada
El cerro de Santiago,
A orillas del bosque Othe,
Refugio del raudo bando.
Lléganse regocijadas,
Bendiciendo aquel milagro,
Que las salvó de la muerte
Las cien alondras cantando.
Es un himno su gorjeo
Y van subiendo al espacio,
Para que sus himnos oiga
El Señor de lo criado.
Y cuando bajan del cielo,
Cual cascada de lo alto
Entre arrullos y armonías
Alegrando el verde campo,
Tras un risco funentido,
Que lo oculta de soslayo
El cazador las apunta
Y la niña está exclamando:

—Dulces músicas del aire,
 Que á Dios alzáis vuestro canto
 La muerte burlad. ¡Dios mío!
 Que todas queden en salvo.—
 Y retumba, como el trueno,
 El tiro desesperado,
 Y cual cristal que se quiebra
 La munición va salvando.
 Mientras salvas en el bosque
 Espeso, que es su resguardo,
 Todas las alondras cantan
 A Dios sus místicos salmos.
 Y una y otra vez apunta
 Y hace fuego, siempre en vano,
 El cazador, pues la niña
 Llama á Dios y libra el bando.
 —Dulces alondras cantoras,
 Que trináis en los ribazos,
 Que Magdalena Barat
 Tiene por la paz cercados,
 (Pues aquella niña luego
 Fué guardián del Sagrado

Corazón de Jesús, Rey,
 Que es de las almas amparo).
 Cantad su triunfo en la gloria
 Con vuestros sencillos labios;
 Cantadlo con todo el pecho,
 Que no será nunca ingrato;
 Pues cuando el infierno apunte
 Por manos de sus sicarios
 Vuestro vuelo candoroso
 Para apagar vuestro canto,
 Como á la orilla del Sena
 Harta de muertes y estragos,
 Cuando sus rabiosas ondas
 Eran sangre de cristianos,
 Bajará la voz alegre
 De Magdalena exclamando,
 Como en la margen del Yonne
 Entre floridos ribazos:
 —Dulces alondras queridas,
 Que á Dios alzáis vuestro canto,
Burlad el tiro. ¡Dios mío!
Que todas vuelen en salvo.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA.

De las Escuelas Pías.

Madrid 20 de Noviembre de 1908.





EL AGUILA

(Cuento por Gnauck-Kühne)



En la extensa llanura, que riegan las aguas cristalinas del Ostrach, se levanta el pueblo que lleva el nombre del río; pueblo risueño y alegre con sus anchas y limpias calles y sus casitas blancas de salientes tejados, cuyos colores multiformes contrastan poéticamente con la verdura de los prados y la tinta de las persianas, que encajan herméticamente en la ventanas y huecos de las casas.

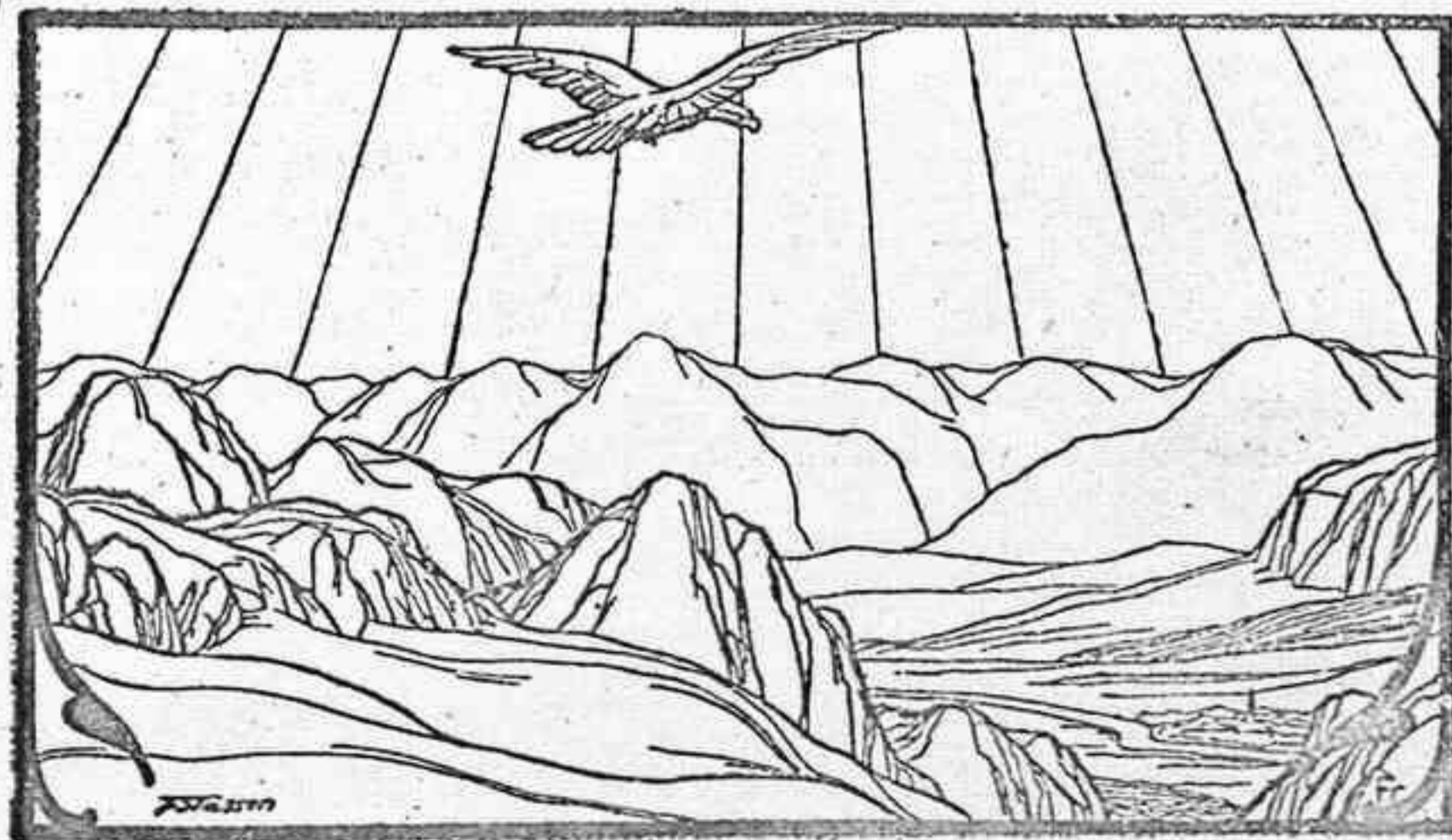
La hierba crece siempre fresca y abundante en las dilatadas praderas que rodean el pueblo y abajo en el valle; pero un día quiso extender sus dominios hasta las laderas de los montes y eso representaba una labor penosa y difícil. Las displicentes, pardas crestas de las montañas rieron de lo lindo la osadía de la hierba. No alcanzo á comprender la finalidad del hormigueo que empiezo á sentir en mis extremidades, dicen que susurró en tono burlón el Iseler; la verdad es que yo también lo siento y tampoco sé lo que pretende ese verdoso pigmeo, que crece á nuestros pies, le contestó el Axel. La hierba los oyó; pero no les hizo mucho caso. Reiros ahora, pensó maliciosamente; tal vez yo me reiré más tarde, y al fin y al cabo del último que se ríe suele ser el triunfo; sé lo que quiero, que es lo importante... y siguió subiendo, subiendo por el camino de las pardas cuevas, hasta que sus conquistas llegaron á inquietar seriamente á los gigantes de las montañas, que sacudieron malhumorados sus cabezas y echaron

á rodar ingentes peñascos que cortaron el paso á la hierba. Ésta hizo un supremo esfuerzo y quiso proseguir la ruta emprendida, pero el musgo salió á la defensa de sus derechos y le dijo en tono de filósofo profundo: "Mira, aquí empieza mi reino, yo cubriré con mi vestidura este peñasco; tú tienes que contentarte con lo que tienes; vete á la llanura, que allí está tu mundo. La felicidad consiste en estar contento con la suerte que nos ha cabido en el concierto de las criaturas; cada sér es lo que es y tiene su esfera de acción marcada y definida; tuyos son los campos y los prados; las piedras son mías," dijo, y permaneció contento en su puesto, envolviendo la dura roca sin pretensiones de escalar las alturas.

Y el musgo tenía razón; en las alturas que divisaba, se levantaban las agrietadas é inhospitalarias rocas de los picos inaccesibles de las montañas que no se avienen con las verdes vestiduras; en su orgullo sólo soportan los densos velos de las nubes ó los mantos de púrpura con que los engalana el sol, cuando majestuoso marcha á iluminar otros mundos.

*
*
*

Allí arriba, entre las grietas de las rocas, gigante como ellas, anidaba un águila. Cuando al romper el día, el fuerte céfiro de los amaneceres llegaba hasta su nido, ella sacudía perezosamente su pardo plumaje, movía sus poderosas alas, probaba su fuerza y al salir el sol, saludado por el concierto rumoroso de la naturaleza, tendía su vuelo, describiendo espirales sobre las llanuras y los valles hasta descubrir la apetecida presa; entonces descendía, rápida como el rayo, á la tierra, se apoderaba del botín y volvía á su nido.



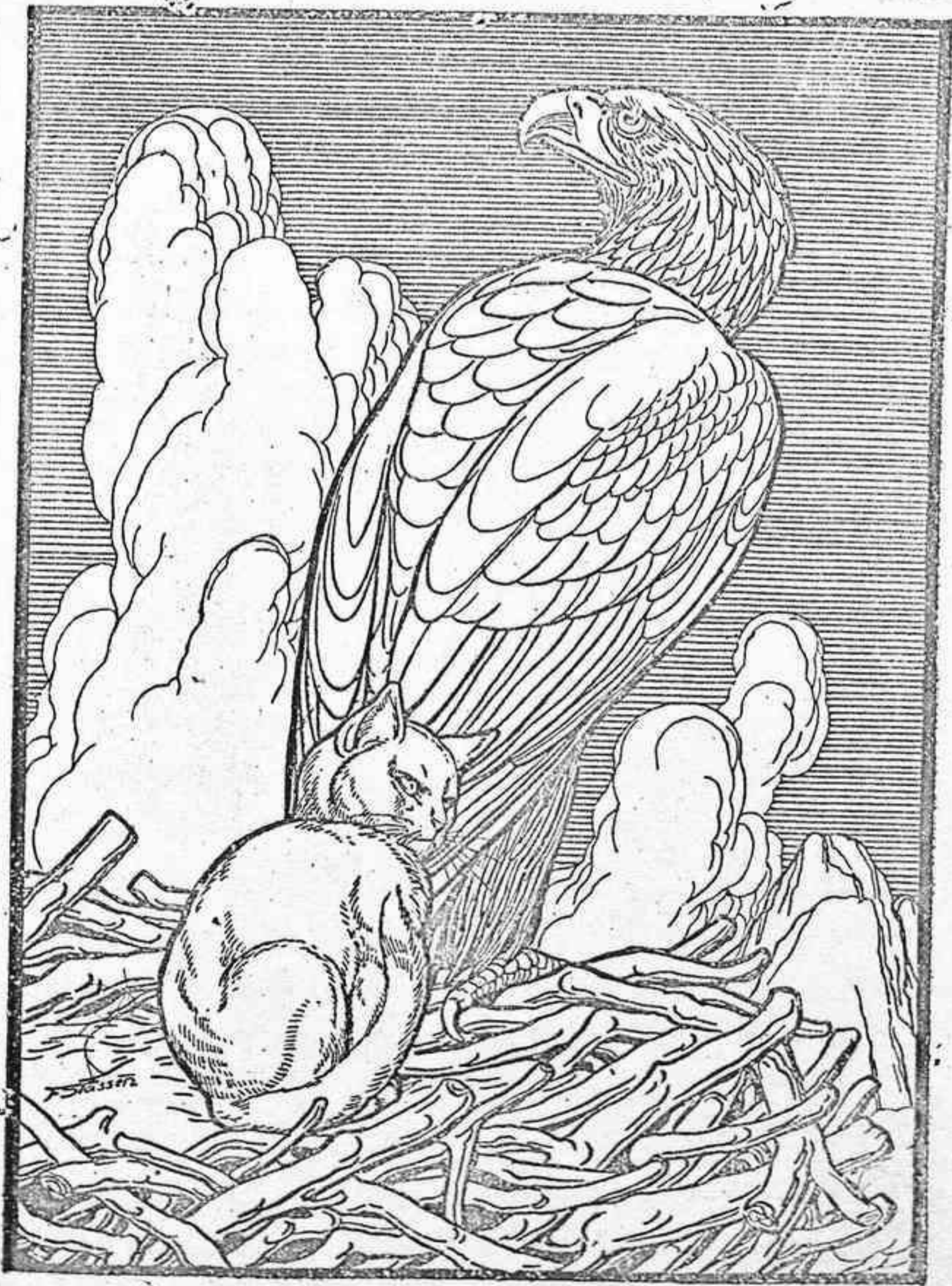
Así vivía el águila, sin darse cuenta del tiempo que pasaba. Cuando los blancos copos de la nieve se arremolinaban en los aires ó cuando sus alas proyectaban ingentes sombras sobre el blanco manto que cubría los montes, sabía que era el invierno. En la primavera sentía soplar el cálido viento del deshielo; volvían el mirlo y la golondrina y la hierba brotaba de nuevo exuberante y fresca. En verano los bosques y los prados aparecían frondosos y floridos y en los anocheceres y en las siestas, al amanecer y en las noches estrelladas, llegaban á sus oídos el rumor de las tonadas de los gañanes y el alegre cencerreo de las vacadas que pastaban en los montes cercanos. En otoño veía que las gamuzas y los corzos saltaban juguetones, en tanto que las grullas volaban en grandes bandadas hacia países más calientes. Su vida, en medio de todos estos cambios, era siempre igual.

Un día vió en un prado cercano al pueblecito que riega el Ostrach, un animalito blanco; tendió su vuelo, bajó á la tierra é hizo con rapidez presa en la ligera carga. Aquel animalito era de una especie que el águila desconocía. No era una liebre, ni un conejo, ni una ardilla, sino un gatito blanco, que miaba, miaba sin cesar con miar lastimero al sentir las duras garras de su verdugo. El águila colocó con inusitado cuidado en su nido aquel animalito que tanto se quejaba, lo examinó detenidamente, lo miró de arriba abajo y... no sintió el menor deseo de matarlo; pero curiosa y observadora, voló á una roca cercana, para ver lo que el desconocido animalito hacía. Miezi (que así se llamaba el gato), no parecía tener mucho respeto que digamos del águila, en cuyo nido estaba preso; al verse solo empezó á andar y á moverse como en su propia casa; tomó de las provisiones que allí había lo que más le apeteció, las saboreó relamiéndose de lo lindo, se limpió el hocico con coquetería de señorita que se acicala y arregla antes de ir á un baile, y cuando terminó su limpieza, gateó hasta el borde del nido y miró tranquilo á su alrededor.

El águila no le había quitado el ojo; voló hacia él y le dijo: "¿A dónde quieres ir?, porque has de saber que eres mi prisionero y no te dejaré marchar". Miezi volvió desdeñosamente la cabeza, arqueó la espalda, y como quien no daba importancia á lo que acaba de oír, se agarbó en el nido. El águila se colocó á su lado y Miezi sintió las blandas caricias de dos

patitas aterciopeladas que le mimaban familiarmente, y asagrada, el atrevido felino se tomó toda la confianza posible con su cariñosa compañera; trepó hasta su cabeza, se acurrucó sobre su cuello, se paseó por sus alas y llegó hasta hacer lo que le vino en gana. El águila le permitió todo y le preguntó: "¿Estás contento?"—"Sí, respondió Miezi, me resulta divertido jugar con un águila".

Por la noche durmieron los dos en el nido. El águila no se daba cuenta cabal de lo que le pasaba, le parecía que estaba soñando. "Tanto tiempo, se decía á sí misma, llevo viviendo solitaria y ahora de repente se me ocurre tener y cuidar en mi nido á un gatito blanco; ¿por qué he cambiado así?" Cerró el pico, permaneció mucho tiempo sin moverse, para no molestar á Miezi que dormía, hasta que al fin colocó la cabeza debajo de su ala y se durmió también.



Así vivieron largo tiempo en un mismo nido los dos amigos, tan desiguales en naturaleza y en gustos. El águila volaba al amanecer para buscar alimento y se alegraba cuando al volver encontraba á Miezi alegre y juguetón al borde del nido. ¡Tal vez le esperaba! Para el gatito eran los mejores bocados y el mejor sitio, y el águila creía que estaría siempre contento. Pero pasó algún tiempo y Miezi empezó á estar de mal talante. Ya no miaba cariñoso cuando el águila regresaba á su nido, ni acariciaba su cabeza, ni gustaba jugar con ella alegre y nerviosillo como en mejores días; muy al contrario, la presencia de su compañera le parecía poco agradable y exteriorizaba su mal humor con impacientes resoplidos. En un principio el águila encontró graciosas las malas maneras de su diminuto compañero; más tarde se asombró de la maldad que llevaba dentro aquel animalito tan pequeño, y por fin se puso profundamente triste. “¿Por qué no quieres permanecer aquí conmigo?”, preguntó un día á Miezi en tono penetrante y serio. “¿No te atraen los encantos de esta vida tan hermosa? Vivimos en esferas inaccesibles á los hombres; aspiramos aire puro y nos bañamos en raudales de luz. Mis ojos brillan como el sol; mis alas son fuertes y poderosas, y pueden llevarte á alturas luminosas: ven conmigo, que quiero mecerte sobre el éter azul y enseñarte el mar inmenso, y la nieve eterna, y el ardiente desierto; ven y ascenderás sobre mis alas hasta las regiones del sol.” Miezi, como si nada hubiese oído, volvió la espalda y se agazapó... Y el águila volvió á decir: “¿No es admirable vivir á estas alturas, lejos del mundo y de los hombres? Cuando los collados y los valles aparecen aún envueltos en las tinieblas de la noche puedes tu contemplar la aurora que aparece á lo lejos dorada y sonriente; ¡y con qué majestuosa violencia llega hasta nosotros, hasta aquí arriba, mundo de libertad, el rugido de la tempestad! ¿No te impresionan los acordes de su canción? En los valles no se conoce la libertad; allá abajo moran los siervos, los temerosos, los pequeños; todos ellos sentirían el vértigo si viniesen á anidar á estas alturas. Yo, en cambio, no conozco el vértigo; mis alas son potentes y te llevarán hasta el sol: ven.” Pero Miezi empezó á miar y respondió en tono de tristeza: “¿Y á mí, de qué me sirve todo eso? Yo me muero aquí de tristeza y de tedio; esto es mortalmente sombrío, me había vivir tan alto y además, ten-

go miedo. Aquí no hay seres de los míos con quienes jugar, ni hay migajas de pan, ni leche, ni estufas donde calentarme. ¿Qué es lo que tú me ofreces? El desierto y el hielo no me gustan y por naturaleza prefiero una gota de leche á toda el agua del mar. Cuando tuviera que volar contigo me marearía, porque yo no tengo alas. ¡Ah, quién estuviera allá abajo, en el pueblecito del valle!

El águila sintió, al oír esto, violenta sacudida, como si hubiese penetrado en su seno el punzante acero de una flecha; lanzó un grito de penetrante agudez, hundió las garras en el fondo del nido y picó con furia su borde; tenía que agarrarse... para no hacer pedazos al desagradecido Miezi; respiraba con dificultad, y sus alas temblaban de emoción; al fin alzó el vuelo y fué á esconderse en la grieta de una roca, se metió en el escondrijo más oscuro y cerró sus ojos; le tenía sin cuidado que fuese de día ó de noche, que lloviese ó hiciese sol; reconcentrada en sí misma, inmóvil, como muerta, allí se quedó hasta que el hambre la arrancó de sus tristes pensamientos y la obligó á salir de su escondido retiro. Con trabajo, porque el dolor le agobiaba, tornó á su nido, cogió á Miezi y en raudo vuelo se precipitó sobre el valle y lo colocó en el mismo sitio en que le había encontrado.

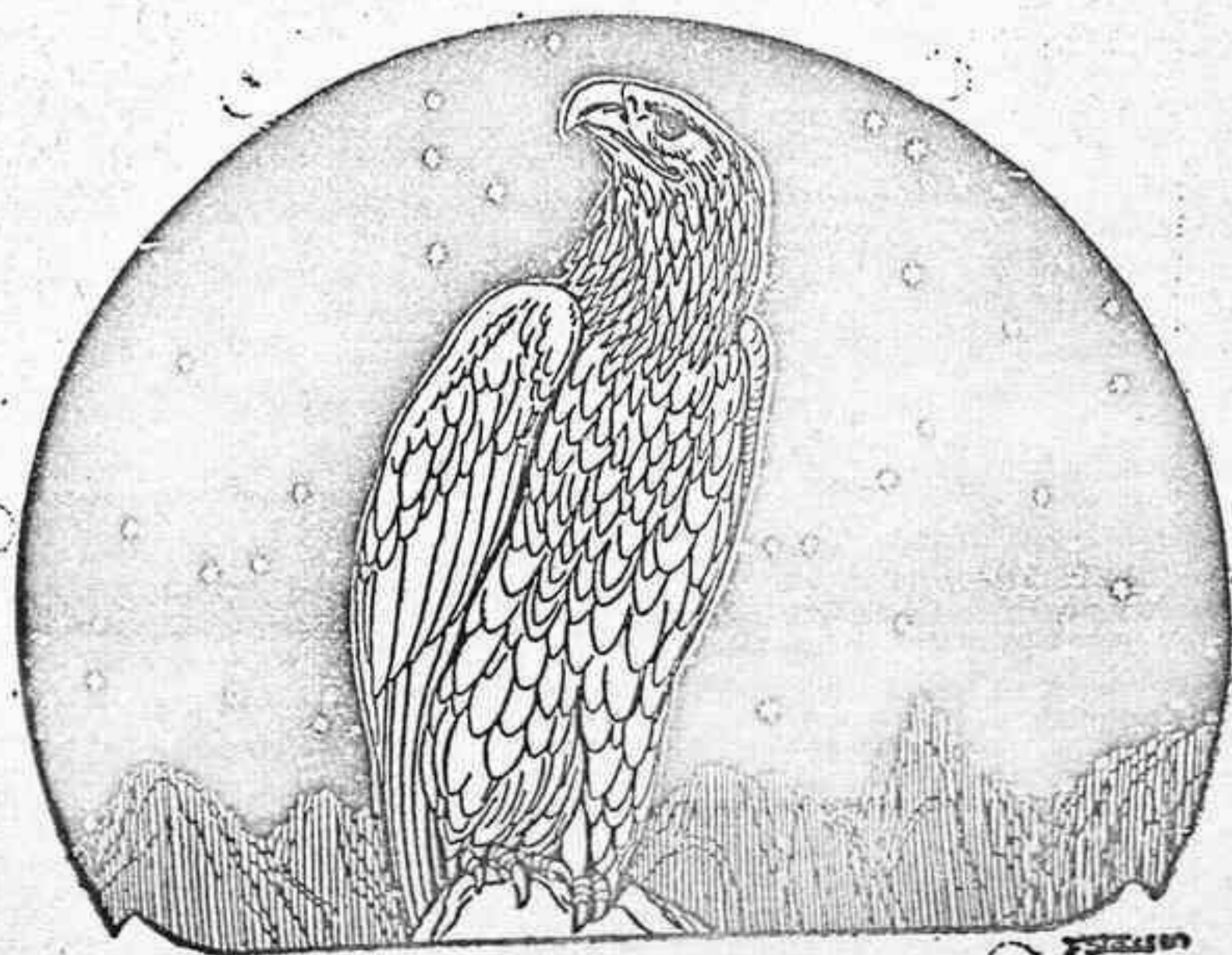
Apenas Miezi se vió libre, corrió derecho al corral, se metió en la casa, saltando de alegría, volvió á salir, se coló en el establo y... desapareció. El águila observaba desde las ramas de un árbol todos los movimientos de Miezi; lo estaba viendo y no podía creer que su gatito llevara su ingratitud al extremo de no decirle ni un ceremonioso adiós. Triste, muy triste movió sus alas, levantó su vuelo y permaneció como inmóvil en el aire para seguir observando lo que el gato hacía. En esto sonó un tiro, y con el ala rota cayó el águila al suelo; pero, disimulando su dolor, pudo llegar y esconderse en una rima de leña que había en un ángulo del corral. "Un águila, un águila," gritaba el aldeano, que la había herido, y á sus gritos acudieron todos los habitantes de la casa; la noticia de que Pepe había cogido un águila corrió por el pueblo como una chispa y los vecinos, los jóvenes como los viejos, acudieron á ver al gigante de los aires, prisionero y á merced de todos. Pepe tomó una cadena, introdujo el anillo de uno de sus extremos en la pata del águila y la sujetó á uno de los palos del rimazo de leña.

En tanto, el gato se había sentado en el tejado del granero y, como si nada pasara, atusaba su hocico. Cuando los curiosos se fueron y quedaron solos, Miezi, sin cambiar de posición, gritó á su antigua compañera: "¿No te decía yo que el volar es cosa peligrosa?; pero tú no quisistes seguir mis consejos y ya estás tocando los resultados; ahora aprenderás; sin embargo, no te apures, yo cogeré ratones y te los traeré. Ya verás qué agradable es la vida acá abajo." Y al decir esto saltó del tejado, se acercó al águila y le ofreció abundante plato de caza ratonil. El águila no aceptó el ofrecimiento y por toda respuesta fijó en el gato una mirada de aquellos ojos que ni el mismo sol deslumbra. En aquella mirada penetrante había algo que asombró el sentimiento ratonil. "Lo siento mucho, dijo tímidamente el gato; ¿por qué no comes? ¿Te duele mucho la herida del ala?" "No lo sé, contestó el águila; el dolor me importa poco, lo que más siento es no poder volar." "Pues yo creo, replicó Miezi, que es una suerte el que no puedas volar, yo nunca he volado y la verdad es que es cosa que no echo de menos. Tú quédate aquí y verás, que con el tiempo, llegarás á acostumbrarte y á estar contenta. ¡Qué diferencia entre estas regiones tranquilas y serenas y la agrietada roca y la soledad inmensa de las alturas vertiginosas! Cuando se te haya pasado el dolor, estoy seguro que me acompañarás al granero y tú misma cogerás ratones y preferirás el botijo de leche á meterte en las peligrosas aventuras de volar por los aires. ¡Y en invierno te resultará tan agradable acurrucarte conmigo al pie de la caliente estufa!; en verano nos pasearemos juntos en la noche estrellada al aire libre, hasta por los tejados si gustas, en eso no hay peligro."

El águila permaneció inmóvil y muda entre la leña, oculta en un rincón, como si quisiera evitarse á las miradas de los hombres. La lluvia que caía sin cesar y el viento que soplabá destemplado y fresco, le tenían sin cuidado. Miezi tomó á desprecio el profundo silencio que guardaba el águila, y enfadado y despreciativo le dijo: ¿Crees que puedes ahora descargar sobre mí tu mal humor, compañera ingrata y orgullosa? Bastante tiempo y bien á pesar mío he tenido que sopor-tar tu fastidiosa compañía; desde ahora rompo para siempre, no quiero tener nada más que ver contigo. Y cuando hubo dicho esto se marchó á prodigar sus favores á otro gatito, que tenía más ganas de divertirse que la pobre prisionera.

Estuvo ocho días lloviendo y ocho días se pasó el águila mirando fijamente al espacio con la cadena atada á su pata. Al noveno día apareció de nuevo el sol y el águila subió al montón de leña y se calentó durante todo el día. Por la tarde, cuando los postremos rayos del sol poniente doraban las cúspides de las montañas, pensó en su patria y la melancolía invadió todo su sér; sentía un dolor intenso; instintivamente empezó á mover sus alas y... ¡oh dicha inesperada!, la herida se había cicatrizado y los tendones se dilataban y contrahían como en los días mejores. No podía creerlo y volvió á mover una y muchas veces sus alas. Era verdad, no cabía dudarlo; sus alas eran fuertes y poderosas como antes de su cautiverio. Entonces dió un grito que hizo temblar á Miezi, que estaba detrás de la estufa; un fuerte tirón y... ya estaba libre. En el anillo de la cadena quedó pegado el sanguinolento pellejo; la pata había quedado en carne viva, pero no importaba; en fuertes aletazos se remontó majestuosa hasta las regiones luminosas. A vertiginosa altura se posó sobre una roca... sus ojos le escocían y su respiración era dificultosa y pesada; pero ya estaba libre, y contenta recorrió su vista por el espacio infinito. Abajo se extendían los valles, donde moran los siervos, los temerosos, los pequeños...

La cúspide de la montaña aparecía aún bañada por los últimos rojizos rayos del sol que desaparecía. Poco á poco fué viniendo el crepúsculo silencioso, y se durmieron los vientos y los bosques y la tranquilidad de la noche se extendió por el mundo. El águila se sentía también tranquila. Sólo una vez



oyó un sordo lamento y puso atención; de su propio pecho se había escapado un sollozante, lastimero gemido; tristezas del pasado, vió su presente y de nuevo sintió la inefable tranquilidad de la noche silenciosa. Y así permaneció inmóvil sobre la elevada roca, viendo cómo la bóveda celeste se iba oscureciendo cada vez más, hasta que las estrellas titilantes tachonaron la extensión de los cielos. ¡Aquello era hermoso! El céfiro confortante y benéfico refrescaba sus ojos ardientes. Le parecía que todo lo pasado había sido un sueño.

“Aquí estoy ya de nuevo en mi patria, dijo; bendita soledad!”

Por la traducción,
GONZALO SANZ.





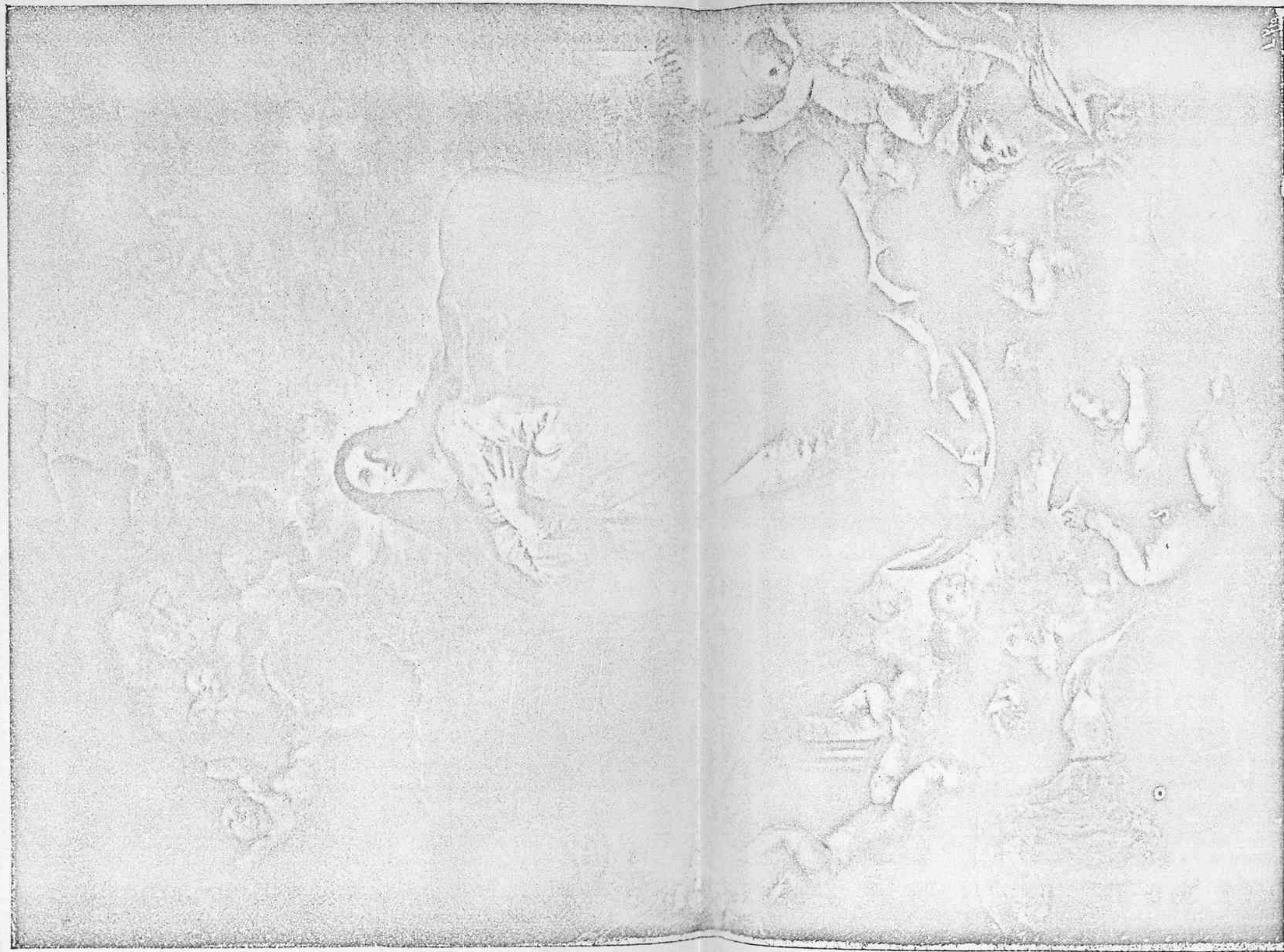
A MARÍA INMACULADA

Quid dicam tibi?...

¿Qué puedo yo decir, Virgen María,
que digno de Tí sea,
si tu nombre de amor la lengua mía
apenas deletrea,
y en mi pobre y estéril fantasía
no cabe el resplandor que centellea,
en torno de tu nombre inmaculado,
y mi pequeño pensamiento aislado
á hundirse en tus grandezas no se atreve,
ni el sentimiento que mis labios mueve
¿puede alzarse del polvo en que ha brotado?

Tuviera yo la lengua inmaculada
del Angel que bajó para anunciarte
la redentora célica embajada
y aún fuera lengua indigna de nombrarte.
Fuera mi voz como la voz del trueno
que brama en la tormenta;
mi pecho cual volcán de lava lleno
que estalla y que revienta;
tuviera yo el aliento prepotente
del huracán rugiente
y aún me faltara aliento y osadía
para acercarme á Tí, Virgen María.

Si el sonoro reir de la corriente
del límpido regato
y el apacible y grato
susurro de la fuente,
y el rumoroso són con que suspira
el céfiro de Abril entre las flores
cediesen sus melódicos rumores
á mi discorde lira,
y el ruiseñor sus trinos le prestara
y un Angel la pulsura,
aún fuera discordante su armonía



Cuadro que se conserva en el suntuoso templo de Agustinas Recoletas, de Salamanca, original del inmortal Ribera
y restaurado hace unos diecinueve años
por D. Francisco Ibáñez, á iniciativa del inolvidable Padre Cámara.

para cantarte á Tí, Virgen María.

Si del águila real las regias alas
con que gallarda á los espacios sube
para reinar en las etéreas salas,
con que atrevida las entrañas hiende
de parda y hosca y temerosa nube,
cuando en su seno la tormenta enciende
los ígneos rayos con que el viento azota,
y el ronco trueno que bramando bota
del negro monte en la solemne calma
le diese Dios para volar á mi alma
aún no tuviera fuerza y valentía
para subir á Tí, Virgen María.

Si todos los aromas que las flores
exhalan de sus senos virginales
abiertos á las áuras matinales,
y todos los matices y colores
de la undívaga luz de la alborada,
y los ténues rojizos resplandores
del morir de la tarde sonrosada,
y las gasas sutiles de la bruma,
y los blancos encajes de la espuma
guardase yo en mi alma
aún no tuviera luz y poesía
para adornarte á Tí, Virgen María.

Si sutil como el éter impalpable,
vasto, como el espacio inmensurable,
fuera mi pensamiento
y comprender pudiera lo que encierra
en sus fondos el mar inagotable,
y en su inmensa extensión el firmamento
y en sus senos recónditos la tierra;
si ardiente como el sol de mediodía
fuera mi fantasía
y de todo lo grande las grandezas
y de todo lo bello las bellezas
pudiese recoger, aún estaría
muy distante de Tí, Virgen María.

Sólo Aquél que del seno de la nada
hizo brotar los mundos á millares,
que pobló de infinitos luminares
la cóncava extensión del firmamento
que leyes puso á los soberbios mares,
y á las montañas señaló su asiento,
que dió luz y colores
al bello rosicler de la alborada,
aromas á las flores,
música á la enramada,
trinos al ruiseñor, voz á los vientos

y mágicos concetos
 al sonoró resbalar del río;
 sólo Aquél, que es la fuente inagotable
 de todo poderío
 y es abismo insondable
 de toda perennal sabiduría
 te puede comprender, Virgen María.
 Pues más que hacer el mundo de la nada
 fué el hacerte nacer inmaculada.

¡Inmaculada, sí! Tú sola fuiste
 la escogida entre todas las mujeres,
 y en la innúmera serie de los seres
 Tú sola mereciste
 que el que Inmenso, Infinito por esencia
 no cabe en el espacio,
 escogiese en su eterna Providencia
 tu purísimo seno por palacio...

Y antes que el mundo en sus cimientos fuera,
 y en sus órbitas fijas volteara,
 y antes que el brillo de la luz primera
 las caóticas sombras disipara,
 en la mente del Padre ya existías,
 y en sus eternas vías
 eras Tú la mujer predestinada
 para Madre del Verbo Humanizado
 que pudo y quiso hacerte inmaculada...

¡Purísima María!
 Si yo le diese voz al sentimiento
 ¡qué cosas te diría!...
 Pero es tan material la lengua mía
 y es tan bajo mi pobre entendimiento
 y tan alta y subida tu belleza,
 que se escapa al humano pensamiento.
 No puedo comprenderte,
 no acierto á conocerte,
 no me cabe en el alma tu grandeza,
 pero mi corazón sabe quererte,
 y me nació con él este cariño,
 como nace el perfume con la rosa,
 como nace en el niño
 el amor á su madre cariñosa;
 porque eres Madre mía
 y este nombre es amor y es alegría,
 y cuando Madre el corazón te llama
 sólo quiere decirte que te ama.

G. SANTOS DIEGO.



PARA MÍ



í, consuela extraordinariamente; es de suma complacencia saber de buena tinta que quedan muchos, muchísimos lectores razonables, discretos y prudentes, y que son ellos los que leen las páginas de LA BASÍLICA TERESIANA; que si no tiene nada de rumbosa no es por falta de qué, sino porque no caería bien á su discreción y piedad lo que pinta en marcados regodeos mundanales.

Cumple decir, que son los lectores de LA BASÍLICA, en tanto grado discretos, cuanto podría decirse en muy pensado y razonado discurso, del que ahora no tiraré ni una línea.

En decir tales cosas, mucho más cuando son espontáneas, no dirá nadie que fuimos con la afectación cogida del brazo, para que ella, de grado ó por fuerza, nos señalara el monte de la *bombería*, desde cuyos picos podríamos vocear á nuestro gusto hasta ser oídos de la exageración, la cual, percibiendo el eco de nuestras voces, se daría por enterada de gritos y deseos, y al punto correría de ceca en meca como para hacerlos llegar á todas partes.

No creo que costaría mucho trabajo traer á este pensamiento el de todos los demás, y que sería suficiente á tal propósito no la rebusca de la afectación, ni los abultamientos de las exageraciones, sino lista sencillísima de nombres que tengo á la punta de lengua, como vulgarmente se dice: pero me releva de ese trabajo pensar y saber que nadie pondrá en duda lo que piensa y sabe todo el mundo, so pena de incurrir voluntariamente en lo que no quiero nombrar.

Además, cuando pensaba en estas cosas, ví y entendí muy

claramente (lo que agradecí de veras) que estaba muy cerca de mí la sinceridad, diciéndome en frase breve y segura que no había por qué temer en decir tales cosas, si ella, como prometía y era verdad, fiaba todos mis pensamientos; y confieso que al oír esto se huyeron de mí todos los escrúpulos.

Porque jamás se dijo de la sinceridad, que ni una vez en la vida se permitiera, no diré un embuste, pero lo que es más de maravillar, ni la más levísima afectación ni exageración. Más todavía; cuando alguna vez tomó el nombre de ella la hipocresía, para no ser conocida y hacer pasar mejor sus palabras, tal solía ponerse de aturdida y tal se mostraba en su estudiado papel, que á pesar de todos los esfuerzos y eran muchos y eran grandes, nunca pudo conseguir de la misma naturaleza que le dejara el paso y el continente de la sinceridad; por eso apenas empezaban los manejos y palabras de la hipocresía cuando ya estaban los colores en el rostro denunciando sus maldades.

Y todo bien mirado, ¿qué adelantaría yo con afectar? ¿Qué ganaría con abultar? ¿Qué prebenda ó cargo provinciano se vendría á mí por falsear? Para eso fueran buenas dos caras, ó estar vendido al interés, ó firmar con seudónimo judío, al modo que suelen algunos periodistas (según de público se dice, y yo no puedo creer); pero al que tiene una cara y le sobra la mitad ¿para qué dos? El que no busca el *perro chico* ¿para qué entregarse al interés? El que no es ni sabe ser periodista por no tener en la mollera otra cosa que los *ergos* enmohecidos ¿á qué tales seudónimos? Y el que nada de esto tiene ¿ha de tener afectaciones y abultamientos? Imposible.

A LA BASÍLICA TERESIANA jamás pasó por el pensamiento pretender que podría venir de ahí su estimación y su grandeza, ni tampoco pasando al extremo contrario en el aparecer á la manera de un Moisés moderno, dando leyes de régimen á todo el mundo y lecciones de espiritualismo á la manera Chelingsca ó Kanciana, con evangelio nuevo y nuevas *orientaciones* metafísicas, cosmológicas, políticas y sociológicas, que si son tocadas en el racionalismo francés ó protestantismo alemán mejor todavía: ni esto significa enemiga contra todo lo nuevo ó todo lo moderno, por el hecho de serlo, no, significa oposición á todo lo nuevo y á todo lo moderno, cuando en fuerza de apreturas, psicologías y actos reflejos se lesiona en algo la fe ó la autoridad de Iglesia, ó cuando menos

llegamos con las palabras, pensamientos y expresiones á los linderos de lo inconveniente, ridículo y extravagante (cosa que fácilmente puede suceder), viniendo así á ser inconveniente y extravagante lo más hermoso del pensamiento católico.

LA BASÍLICA TERESIANA no pone, ni pondrá nunca la grandeza en ruindades semejantes: la lleva en el espíritu, letra, nombre y trabajos de Teresa de Jesús, para quien tiene todos los entusiasmos, todas las palabras y todas las ideas. Está unido su nombre al nombre dichoso é inmortal de la Reformadora del Carmelo, á quien no llegó en los pasados siglos, y dudo llegue en los venideros, ninguna de las famosas, antiguas ni modernas escritoras.

Tal es, en suma, su empeño decidido, llevar á todas las inteligencias el nombre de Teresa de Jesús, y con el nombre la calidad de sus renombrados escritos, para que todas las inteligencias entiendan que no podía estar la grandeza de su espíritu sin la de una Basílica allí donde dejó ella el espíritu y el cuerpo.

Justo es, pues ella levantó con los diamantes de sus palabras linda Basílica al espíritu cristiano, que el pensamiento católico, en retorno de amores desinteresados, recuerde y pague en decorosa manera su obra de regeneración espiritual, con ingente Basílica de piedra, donde sea cada sillar un elogio, la hoja de un libro, que leerán con gusto y avidez los sabios, los ignorantes, la aristocracia y el pueblo.

¿Será de otra manera cumplidamente correspondida su largueza? ¿Merecen menos aquellos encendidos amores? ¿No fué su corazón para el cristianismo? ¿No fueron sus obras para la sociedad? ¿No fueron sus cuidados para el pueblo? ¿Habéis reparado bien en toda su grandeza? Nadie, que haya reparado en su obra de regeneración espiritual, puede desear menos á su nombre que el conocimiento de todas las inteligencias, ni dará menos á su inteligencia y heroísmos que el testimonio secular de una Basílica. Ella será á modo de monumento internacional, levantado por los siglos, pregonado de la gloria, adorado de las gentes, bendecido de la Iglesia católica.

En ese grandioso monumento, viva manifestación de la razón católica, estará perpétuamente representada la junta magnificentísima de todas las grandezas, la del tiempo en los

siglos, la del pueblo en las generaciones, la del tronó en los reyes, la del sacerdocio en el pontificado, que no pudieron dar oración ni manifestación más estupenda de sus admiraciones, que el representado en el silencio y majestad de una Basílica.

Ni yo sé cómo llegué aquí con mis pensamientos, porque ignoro completamente que haya quien ponga en duda la grandeza de Santa Teresa de Jesús, ni el espíritu teresiano de la Revista, ni la discreción de los lectores.

Sobre todo, que no era este el pensamiento que estaba vagando en la mente cuando comencé á escribir estos renglones; cabalmente aún estaban frescos y sentía bien en el alma los golpes de la pedrea *intelectual*, que caía sobre el clero, en aquello de sus ignorancias y *desorientaciones*; claro está, buscando allí mismo la ciencia y la *orientación*, que había de poner á salvo nuestros menguados talentos, pero por más vueltas y revueltas que dí, no las hube de hallar, y determiné pedir las ó, á lo menos, que me digan dónde están, á lo cual tengo derecho.

Me dolía realmente verme cogido en esta especie de *ergo*, que será anticuado, pero cuidadito con él: decía (prescindiendo de muchas otras cosas), que el clero anda *desorientado*... un momento de reflexión y la pregunta es natural: ¿En qué *anda desorientado*?... Después, á toda prisa, viene otra semejante: ¿Hace lo que mandan los Prelados, el Pontífice, la Iglesia?... Y tras esto viénese al punto el *ergo* famoso y pregunta también... Entonces ¿quién es el *desorientado*?... Por algo dije que era un *ergo* de primera, y que me dió algo de susto cuando ví cómo venía.

Por eso mismo LA BASÍLICA TERESIANA dice lo que es, y habla de la discreción de sus lectores, mucho más siendo prudentes y celosos sacerdotes los más asíduos y los más entusiasmados de su obra.

TOMÁS VICENTE DEL ARCO.





LA FIESTA DEL ROSARIO EN SALAMANCA

(CONCLUSIÓN)



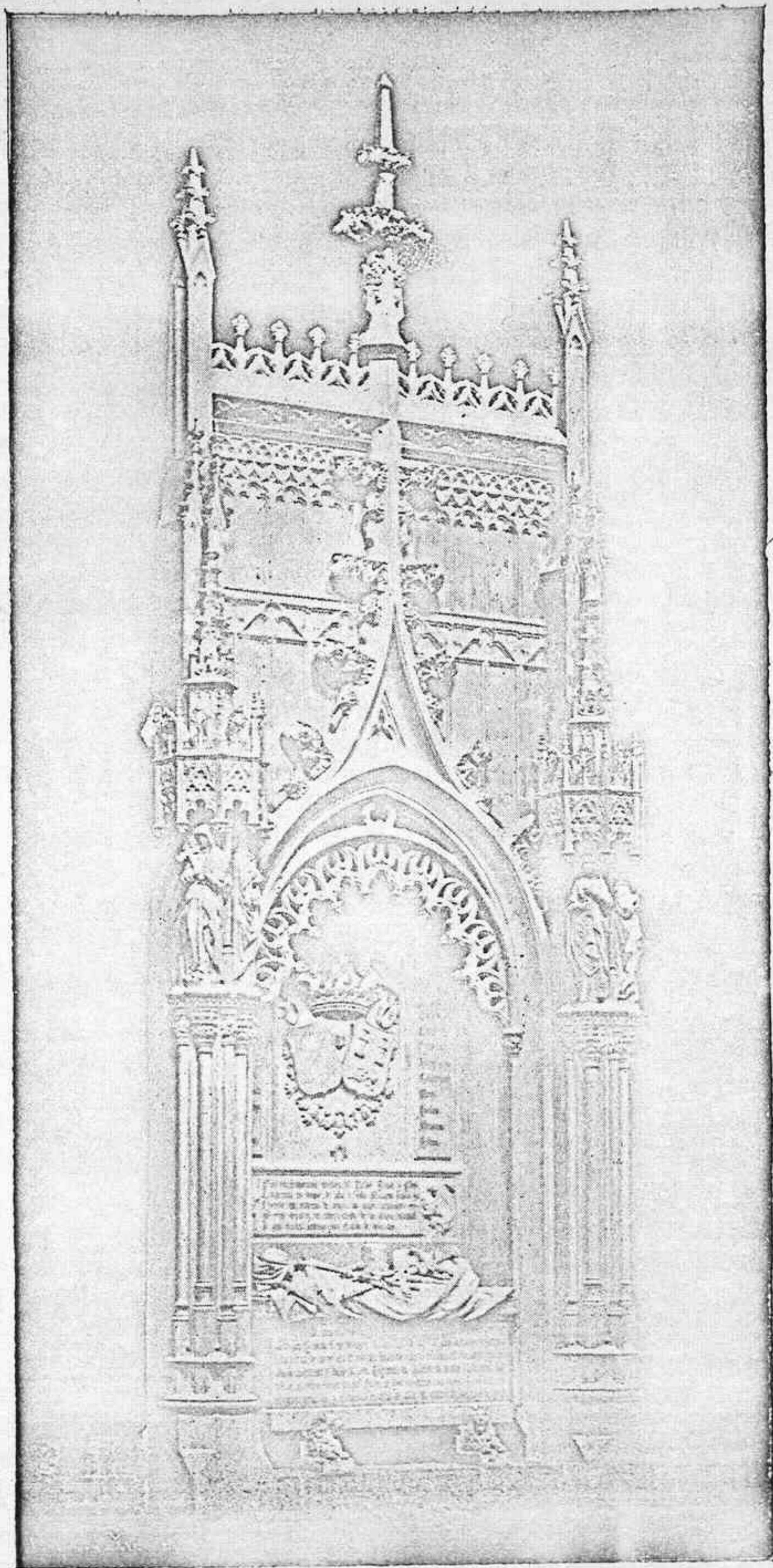
Todo lo artificioso es despreciable á los espíritus elevados, y llega á tener por conclusión el ludibrio universal. Una empresa popular hay que llevarla al pueblo sin rebozos, para que su corazón se interese por ella. En la *Junta General del Rosario perpétuo* dije yo estas palabras que he repetido después muchas veces: «prefiero que me traigan veinticinco pesetas recogidas perra á perra entre las clases populares, entre los dependientes, entre los criados, entre los artesanos... á que me traigan cincuenta recibidas de una sola persona. En cada ofrenda va un corazón y más quiere la Virgen miles de corazones que miles de pesetas».

¡Cuán hermosas escenas pudiéramos registrar haciendo historia de esa auscultación popular! Hubo anciana que se vino sola desde lejano pueblo á ofrecer su pequeña limosna y hubo niña de aristocrática familia que, pidiendo perra á perra y real á real, reunió veinticinco pesetas; de tienda en tienda, de casa en casa, fueron algunos pidiendo una limosna que les hubiera costado mucho menos sacar de su bolsillo..... sólo por interesar en la idea hermosa á muchos corazones ó por ver cómo se interesaban; sólo por hacer popular la idea y observar que lo era.

Lanzada al aire así la cuestión popular, enviando á cada cofrade su papeletita de suscripción y poniendo otras á disposición de quien quisiese repartirlas entre sus conocidos, quedaba á la iniciativa del Director la cuestión entre las clases elevadas, cuestión que, dado el tiempo exíguo que le dejan libre sus clases y tareas literarias, lleva camino de no acabarse nunca, si bien la hecha hasta ahora, por lo mismo que es corta, puede historiarse brevemente. He aquí sus principales rasgos:

Al clero secular, que asiste siempre á la procesión del Rosario, dirigí mis primeros pasos, y puedo confesar con orgullo y con admiración que ningún sacerdote me dió un desaire. Soy cobarde en extremo para pedir, y no hubiera tenido valor para hacerlo si ellos no me hubiesen animado á seguir, y no se hubiesen desde luego ofrecido, casi siempre con lo que tuviese á bien señalarles; caballerosidad singular que no creía yo pudiese ser tan general en ningún organismo social.

Después del clero y á la vez que al pueblo, pedí la cooperación á las clases adineradas, empezando por los que tienen cierto patronato hoy día en la provincia,



Sepulcro del gran Duque de Alba, D. Fernando Alvarez de Toledo
en la iglesia de San Esteban, de Salamanca

empezando por los Serenísimos Infantes D. Fernando y D.^a Teresa, de cuyo afecto á Salamanca es sobrado hablar en LA BASÍLICA TERESIANA, de la que son con su virtuosa madre, la Infanta D.^a Paz, el alma y la vida.

En carta directa, sin recomendaciones ni reclamos, expuse mi proyecto, y en carta directa, sin giros ni bancos intermedios, enviaron 250 pesetas á un hombre cuya firma sólo habrán visto en el *Correo Español*.

Es hasta el presente el mayor donativo en dinero que se recibió. En dinero, digo, porque los Marqueses de Castellanos, además de enviar cien pesetas, regalaron un rosario de siete mil, de perlas y amatistas, para que la Virgen lo estrenase á la vez que las andas de plata, primer paso del nuevo proyecto.

El Duque de Alba figura con el segundo donativo en metálico, cosa nada extraña dada su opulencia, su generosidad y sobre todo el ser de antiguo sus antecesores patronos de esta casa, levantada por un Alba, y llevar la Virgen todavía joyas donadas por el más ilustre de todos, D. Fernando Alvarez de Toledo.

Siguen después los Duques de Sotomayor y de Tamames, el Marqués de Albayda, D. Bonifacio Avila, el Prelado de la diócesis y los de Sevilla, Lérida y Plascencia, el Duque de Medinaceli, D. José Bonamburg, Sta. Manuela Quirós, don Javier Ozores, D. Juan Sánchez, Duquesa de Fernán Núñez, Marqués de Llén, Marqués de Ivanrey, D. Isidro Pérez Oliva, D. Joaquín Mazpule, D. Joaquín Sánchez de la Peña, D.^a Paz Alvarez, D.^a Celia González, D.^a Manuela Sierra, doña Isabel Reyes, D.^a Consuelo Tapia, D.^a Simona Hernández, D. Enrique Esteban, D. Juan Clairac, D. Luis Maldonado, D. Juan Antonio Cavestany y otros muchos que expresamente me prohibieron la publicación de sus nombres. Algunos se habrán olvidado de avisármelo y se llevarán la sorpresa de ver sus nombres en estas galeradas; sólo he querido respetar los nombres de los sacerdotes; á los demás ruego me dispensen tamaño atrevimiento.

No faltará quienes se extrañen de que no se haya contado con ellos, pero yo tengo la idiosincrasia de olvidar siempre la mitad de las atenciones y dejar para lo último á muchos de los más amigos. No hay en eso estudio ni preterición, es todo efecto de no sé qué desidia, de no sé qué desorden general que impera en todas mis acciones, hechas como á empellones, más ó menos largos, según el tiempo dé, y confundidas como los papeles de mi escritorio. No me es posible á mí llevar cuenta de lo que hago, ni hacer estadística de lo que recibo; para que uno me tenga por atento, habrá doce que me declaren descortés. He aquí por qué no publico listas enteras de donativos, que no saldrían enteras; he aquí por qué refiero mis rarezas, que explican mi conducta y hacen disculpables mis omisiones, bien manifiestas ya desde el momento en que se ve que perjudicaban mi dorado proyecto.

En fin, ello fué que en un abrir de ojos se reunieron más de cuatro mil pesetas y se pudieron encargar ya las andas de plata Meñeses y el arco para que sirviesen de escabel y adorno á la Virgen del Rosario en su paso por las calles de Salamanca.

Y así ocurrió, en efecto: en su marcha triunfal por las calles, la Virgen parece que hacía gala de aquella ofrenda que empezaron los magnates y coronaron los pobres, los de la ofrenda chica, de cinco, diez y veinte céntimos, ya que con estas humildes suscripciones, á fuerza de ser muchas, se cubrieron más de la mitad de los gastos (1).

* * *

(1) Después de muchos tanteos, en que habia que examinar el gusto, la duración y el coste, se aceptó el proyecto de la casa Mencses, que en España no tiene rival en trabajos de metal blanco. Andas góticas,

He oído á diferentes personas, creo que á todas las que me hablaron de ello, que en ningún día de feria se vió tanta gente en Salamanca, y desde luego en ninguna festividad religiosa. Los trenes venían llenos, los caminos rebosaban gente y la de la ciudad concurrió casi toda á formar filas ó á presenciárlas.

Esto que tiene su lado religioso y artístico y popular, que es lo que yo buscaba, tiene también sus vistas mercantiles. Unos miles más de personas en Salamanca un día, suponen algunos miles de pesetas de gasto efectivo en comestibles y algunos más en trenes y en compras.

En otras poblaciones Diputación y Ayuntamiento, nada clericales, fomentan estos días de grande concurrencia para que sea mayor, y para que los huéspedes, hallando más comodidades, dejen mayores rendimientos. Natural es que lo hagan, ya porque los ingresos nada tienen de anticlericales, ya porque esas manifestaciones, inocentes de suyo, bien organizadas, levantan el espíritu y honran los pueblos. En Zaragoza todas las entidades de significación contribuyeron á porfía á engrandecer la hoy famosísima procesión del Rosario; en Sevilla, en Murcia y en Zamora las de Semana Santa. Aquí debía pensarse en la primera, ya que las últimas tienen verdadera grandeza en la vecina ciudad de Zamora. Salamanca, la ciudad de los grandes monumentos cristianos, no ha sabido ofrecer sus tesoros á la vista de los excursionistas más que en los días de feria, cuando los hombres tropiezan en la calle cien veces con las bestias. Un día sereno de fiesta humana, artística, religiosa, y digámoslo así, nacional, todavía no supo hallarlo en el calendario para ofrecer á los excursionistas el aspecto de un relicario artístico.

Ningún día más propio que el del Rosario. Se celebra en domingo, es día en que casi nunca llueve (pues los más ancianos sólo recuerdan un año en que no pudo salir la procesión), en tiempo alejado de los grandes calores y de los grandes fríos, y se celebra ya con esplendor extraordinario y con gran concurrencia de gente forastera. No se trata de crear, se trata de encauzar, de utilizar lo que hay ya de vistoso y espléndido en nuestros monumentos, de cristiano y hermoso en nuestras costumbres. En marcha está todo; hagámosla triunfal, digna de un pueblo que se impone, que atrae con sus monumentos, con su organización, con la raigambre indestructible de su espíritu sanamente cristiano.

Encárguese de una cosa cada entidad saliente de la ciudad, de una farola artística, por ejemplo, y en poco tiempo haríamos de esta procesión, como se hizo de la de Zaragoza, una gran fiesta, una gran manifestación; hoy es popular, provincial; mañana será nacional y no parará en eso.

Se dirá que es un sueño, que es un ideal... esos ideales los realizan los pueblos fuertes, los pueblos serios, que sin miedos exhiben sus tesoros antiguos y dan pruebas de su perenne vitalidad, de no llevar á rastras un nombre gloriosísimo.

El ejemplo nos viene de bien alto, nos viene de los más nobles y generosos favorecedores los Infantes de España D. Fernando y D.^a María Teresa, que tanto se interesan por la construcción de la Basílica de Alba, y tan graciosamente acogen un proyecto para dar esplendidez al Rosario. Los primeros en honrar á nuestra santa más popular y á nuestra devoción más popular, teresianos hasta en Valencia, yendo á honrar el centenario de un santo que tanto favoreció á Santa Teresa como San Luis Beltrán; salmantinos no sólo en Alba, no sólo en la Basílica, sino

como el templo de San Esteban, arco del renacimiento, que es entre nosotros cortejo de los ojivales más suntuosos, todo esto con baño de plata; varas, armas de la Orden y emblemas del Rosario, dorados; lleva también cuatro ángeles grandes sosteniendo tulipas y uno pequeño tocando una trompeta.

en la capital, en San Esteban, monumento teresiano, que además de conservar recuerdos de la santa ávilesa, los encierra de otros santos y mártires y sabios y descubridores y evangelizadores de mundos, y encierra, sobre todo, el imán de los corazones salmantinos: la Virgen del Rosario.

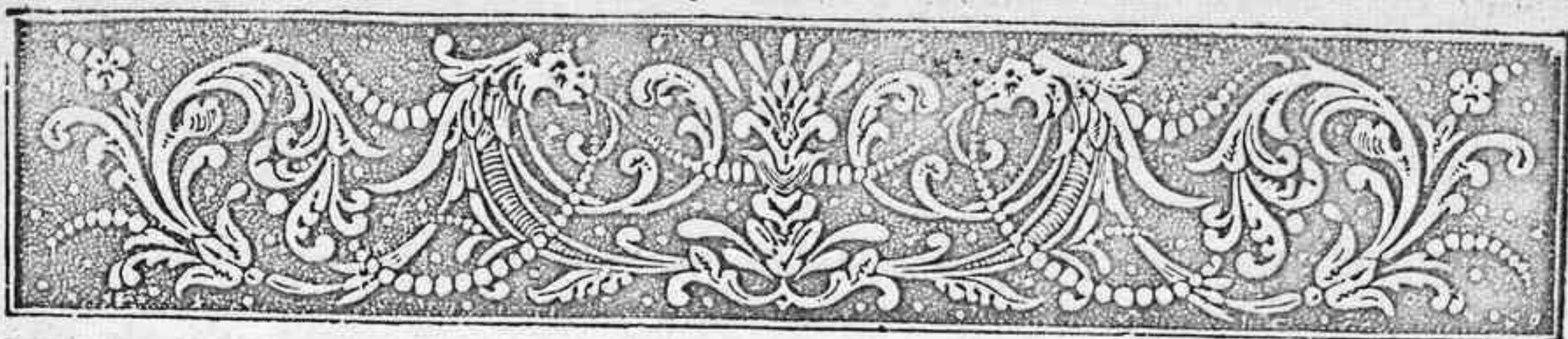
No he de formular yo aquí elogio de la *allegía* de los Infantes, pues la llevan en su título mismo. Hay actos tan hermosos por lo espontáneos y significativos que la retórica no puede menos de empañarlos. Se presentan sencillamente al público para aliento de todos, y se elevan al Señor mil calladas plegarias para que haga felices á quienes los practican y para que esas bondades y alentadoras miras que vienen de lo alto, se difundan hasta los últimos ámbitos sociales.

La idea está lanzada desde la revista teresiana. Que Santa Teresa, la santa agradecida, la bendiga, y aunque sea en medio de la contradicción, llegue á feliz puerto, como llegaron todas las obras teresianas.

FR. LUIS GETINO, O. P.,

Director del Rosario Perpetuo en la provincia de Salamanca.





DE RE BIBLIOGRAFICA

Obras del Rvdo. P. Estanislao de la Virgen del Carmen, ordenadas, prologadas y corregidas por su hermano José María Ruano y Corbo.—En los solemnes actos necrológicos, discursos pronunciados y artículos escritos por toda la prensa ortodoxa en honor del elocuentísimo Carmelita, á raíz de su llorada muerte, bien así como en cartas y conversaciones particulares, se pidió con insistencia entusiasta la publicación de las joyas valiosísimas que nos dejó—como testamento precioso—aquel orador excelso y legítima gloria de la Orden carmelitana.

Atareados en el ejercicio de sus ministerios los PP. Carmelitas de la provincia de Andalucía, acudieron entonces al hermano del P. Estanislao, el catedrático de Literatura, D. José María Ruano, quien con generoso desinterés se ofreció, como se le suplicaba, á ordenar y corregir los borradores.

Con entusiasmo y prontitud nuestro buen amigo presentó el primer tomo de las obras, que ofrecemos hoy al público en testimonio de gratitud por el afecto y estimación manifestados al joven y malogrado Apóstol carmelita.

En la advertencia final dice el Sr. Ruano cuál es el plan de este primer tomo, que acaba de imprimirse en Santiago de Compostela: «Deseando que este libro forme un todo armónico é interesante, hemos comenzado, arrancando del punto de partida que funda todas las doctrinas de la obra, por las Conferencias donde se prueba la existencia de Dios y de la Religión. Una vez evidenciada esta tesis, cimiento de todas las otras, y demostrada la necesidad de la Religión en el individuo y en la Sociedad, urge la cuestión interesantísima de cuál sea la Religión verdadera, que se dilucida soberanamente en la quinta conferencia, demostrándose sin sombra de duda que la verdad existe solamente en el Catolicismo».

«Desde esta altura deseamos conocer enseguida al Fundador de la única verdadera Religión; por eso continuamos con el estudio de Jesu-Cristo en las Conferencias, que dejó preparadas y no llegó á predicar, para la Novena de Nuestro Padre Jesús del Gran poder de Sevilla, donde, después de examinar la necesidad de conocer á Cristo, la caída del hombre, la Encarnación del Verbo y la reparación del pecado, entra en las trascendentales cuestiones que llevan por título: *Jesu-Cristo el gran sabio, el gran sociólogo, el gran Santo*, para concluir con la proposición magistralmente probada: *Jesu-Cristo es Dios*».

«Conocido Jesu-Cristo, era necesario conocer su obra: la Iglesia. Á darnos este conocimiento vienen inmediatamente las Conferencias, en las que se estudian estas candentes cuestiones: *Soberanía de la Iglesia; el Estado no debe inmiscuirse en asuntos eclesiásticos; separación de la Iglesia y el Estado; facultades legislativa y judicial de la Iglesia; la Iglesia y el matrimonio; Ordenes religiosas; Cle-*

ricalismo, etc. Por último, y como complemento de la doctrina sentada, termina con la glorificación de Cristo en el Pontificado de San Pedro».

Así el tomo que ofrecemos al público forma un conjunto armónico, y es al mismo tiempo que colección de sermones, una obra completa de instrucción religiosa, educativa y de erudición admirable, cuya originalidad y valor reconoce el Censor eclesiástico al afirmar en su informe: *son estas Conferencias preciosas perlas, dignas de ser engarzadas en la hebra de oro de la Apología católica*.

La obra, esmeradamente editada, forma un volumen de unas 500 páginas y lleva el fotograbado del autor.

Á pesar de todo, y para favorecer la propaganda de tan rica doctrina, se vende al precio ínfimo de *seis pesetas* en Santiago, Librería de Galí (Rúa del Villar 66); en Madrid, en las Casas de Gregorio del Amo y de Enrique Hernández, Paz 6, y en Salamanca, Librería del Sr. Gazapo.

* * *

Vida de Santa Teresa de Jesús, por el P. Francisco de Ribera, aumentada con una introducción, copiosas notas y apéndices por el P. Jaime Pons. Precede á la *Vida* un estudio preliminar: «Santa Teresa de Jesús, Doctora Mística», del Reverendísimo P. Luis Martín, Prepósito general de la Compañía de Jesús. — Gustavo Gili, Universidad, 45, Barcelona. Un grueso volumen. Precio, 8 pesetas en rústica.

Juzgando por el éxito que tuvo esta *Vida* escrita por el P. Ribera, pues á los pocos años de su publicación fué traducida á diversas lenguas, podrá venirse en conocimiento del valor de la misma y del favor con que fué acogida, aunque en esto pudo influir no poco, el que fué la primera *Vida* que se escribió de la Santa. Como en el encabezamiento hemos dicho, va la edición presente aumentada con una introducción y abundantes notas y el estudio preliminar del Rvmo. P. Martín, que estudia á la Santa como Doctora Mística y el carácter de su mística doctrina. No hace falta ponderar la obra, pues basta que sea la *Vida* de Santa Teresa y escrita por el P. Ribera para que las almas buenas la lean con agrado y simpatía.





Su eminencia el cardenal Vives y Tutó y la obra de la Basílica.—Durante su estancia en Roma, con motivo del Jubileo del Santo Padre, nuestra respetable amiga, la señora baronesa de Truchsess, dama de Palacio en la corte de Baviera, española de nacimiento y de corazón, y una de las personas que con más desprendimiento y actividad se complacen en secundar los generosos planes de la Infanta D.^a Paz, tuvo la feliz idea de ofrecer al ilustre purpurado la artística colección de tarjetas postales que, con destino á las obras de la Basílica, ha hecho el Sr. Franzen; el Cardenal aceptó muy agradecido el presente de la Baronesa, y después de hablar con marcado entusiasmo é interés de la Basílica, le entregó 100 liras, en calidad de donativo, para las obras.



Delegado teresiano en los países de América.—Con objeto de difundir en los florecientes países de la América latina la devoción á la ínclita doctora Santa Teresa de Jesús y facilitar á los pueblos hermanos en sangre, idioma y religión de España, los medios de cooperación voluntaria del proyecto grandioso de eruir en Alba de Tormes un templo digno de aquella insigne heroína, á quien por su espíritu propio y por la historia gloriosa de su familia, pudiéramos por excelencia denominar la *Santa Hispano Americana*, S. A. R. la Serenísima Señora Infanta D.^a Paz se ha dignado nombrar representante general supremo de la Obra TERESIANA en todos los Estados de América, al ilustrado redactor de LA BASÍLICA TERESIANA y animoso propagandista nuestro querido amigo el presbítero Dr. D. Andrés Alonso Polo.



Delegado en Cuba.—Para los efectos de la Revista, la Obra y las Asociaciones Teresianas, ha sido nombrado por nuestra augusta Directora delegado en la isla de Cuba, el benemérito sacerdote y entusiasta propagandista de nuestras ideas don Florencio Gil Regalado.



DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASILICA EN ALBA DE TORMES

	<i>Pesetas</i>	<i>Cénts</i>
De S. A. R. la Infanta D. ^a Paz, por venta de postales.....	150	»
» una devota de Vitoria.....	20	»
» D. ^a María Alvarado Osorio de Barrio, Tesorera de la Junta Teresiana de Lugo.....	607	20
» D. Manuel Uribe, Presidente de las Teresianas de Madrid.....	84	20
» D. Pedro Vicente, por coros de Villoruela.....	4	»
» Su Eminencia el Cardenal Vives y Tutó.....	120	»
» la Excma. Sra. Boronesa de Truchsess.....	122	»

SALAMANCA. —Imp. de Calatrava, á cargo de Manuel P. Criado.